

Señoras, señores:

Quiero agradecer a los organizadores la oportunidad que me brindan para exponerles algunas reflexiones sobre la Democracia y el Desarrollo a la luz de la experiencia vivida por El Salvador y la región centroamericana.

Lo hago a partir de mi experiencia como periodista, pero sobre todo, como gobernante en los quince meses que lleva ya mi gestión presidencial.

Mi país y también toda la América Central están inmersos en un proceso complejo, que presenta grandes dificultades a la vez que grandes oportunidades.

Los problemas de la inseguridad, la pobreza, el atraso, de economías altamente dependientes y frágiles, por ende, son comunes. Y son también comunes las falencias de las democracias y la debilidad de nuestras instituciones.

De todos modos, quisiera referirme específicamente a mi país, a El Salvador, porque dentro del panorama centroamericano presenta peculiaridades que quiero subrayar ante ustedes.

Luego de la guerra civil, que concluyó con la firma de los acuerdos de Paz, en 1992, El Salvador fue gobernado ininterrumpidamente por la Alianza Republicana Nacionalista, ARENA, un partido de derecha ortodoxa, expresión política de un grupo económico influyente, cuyo poder proviene de la posibilidad que ha tenido de dictar los cursos de acción económica del país en las dos últimas décadas.

La alianza entre este sector importante de la política nacional y de los grupos que controlan la vida económica en el país es explícita, esto quiere decir que los líderes empresariales son y han sido líderes de ARENA y sus gerentes o ejecutivos han sido funcionarios de los gobiernos de este partido.

De igual manera, el comportamiento de un sector mayoritario de la prensa salvadoreña ha resultado funcional a esa alianza político-empresarial y actúa más como expresión de sus intereses que como órganos de prensa independientes.

De hecho, bastaría observar el comportamiento de esos medios durante la última campaña electoral que concluyó con el triunfo de mi candidatura, o bien, notar en la actualidad que la agenda editorial de la mayoría de esos mismos medios tiende a ser permeada con mayor facilidad por los intereses económicos y políticos de esa alianza a la que he hecho referencia.

Hago un paréntesis necesario en este punto.

Mi profesión es el periodismo, profesión que ejercí durante más de 20 años, es decir, durante la guerra, luego en el período de retorno del país a la vida democrática y posteriormente durante los gobiernos de ARENA.

Conozco la tentación del poder –de cualquier signo e ideología- de querer controlar los medios de comunicación.

El poder tiene una necesidad perversa de verse reflejado en los medios. El poder necesita convalidarse en los medios porque cree que si los medios lo adulan y acompañan, lo adulará y acompañará la sociedad.

De esa actitud que todos conocemos podemos extraer dos conclusiones:

La primera es que el intento de controlar los medios no tiene ideología ni orientación, es constitutiva del poder mismo.

La segunda, es una ingenuidad pensar que los medios determinan mecánicamente la conciencia y las actitudes de las personas.

Recuerdo una frase de Charles Chaplin que decía que más influyente en la conciencia de las masas que la palabra de la prensa son la pobreza y la injusticia.

Algo así sucedió con la sociedad salvadoreña en la última elección presidencial.

Si los medios tuviesen esa influencia que muchas veces, erróneamente, se les adjudica, pues entonces este servidor de ustedes no hubiese ganado la elección del 15 de marzo de 2009 y no estaría parado ante ustedes como gobernante.

Hago esta digresión para decirles que a pesar de la oposición –no hablo de señalamientos críticos, sino oposición directa al gobierno- de ciertos medios salvadoreños, mi filosofía como Presidente es respetar esa actitud y garantizar con todos los recursos institucionales a mi alcance la libertad más absoluta de expresión.

Los medios en una democracia están en la libertad de oponerse al gobierno en turno.

Sin libertad de expresión no hay democracia y sin democracia no hay destino para los pueblos y las naciones.

Esta puntualización me lleva al primer punto que deseo subrayar en esta exposición:

El Salvador vive un momento de fortalecimiento y profundización de su democracia, a partir de la alternancia en el poder registrada desde la última elección presidencial.

Explicaré brevemente esta aseveración y el alcance regional de la misma.

Cuando estábamos en la campaña electoral presidencial, se decía que si llegaba la izquierda al gobierno comenzaría un tiempo de caos y de debilitamiento de las instituciones.

Se decía que se establecería una suerte de dictadura que en los hechos significaría el control de la economía, la expropiación de tierras, de bienes, en suma, la afectación de la propiedad privada.

Se decía que si este servidor llegaba a la presidencia sería algo así como un títere del presidente venezolano Hugo Chávez.

En fin, que el país iba en camino al Socialismo del Siglo XXI - por lo demás, sistema que nadie puede explicar ni comprender, a veces ni el propio Presidente Chávez.

Entonces, la derecha política y empresarial y el sistema de medios y comentaristas aliados negaban la posibilidad de la alternancia como algo consustancial con la democracia.

Ustedes pueden ver que no se trataba de simplemente de ideas las que estaban en juego.

No eran ideas, eran intereses, era la lucha descarnada por el poder.

Pero el pueblo en el ejercicio de su soberanía se decidió por la alternancia.

Sabiamente, diría yo, el pueblo decidió que se abriera en El Salvador un período nuevo en la vida política, económica y social del país.

No quiero juzgar las experiencias de otros países.

Sólo me refiero a las experiencias de otros como un punto de referencia para el análisis.

Colombia y Venezuela para el caso.

Dos experiencias de mandatarios que se reeligen, que cambiaron reglas para ello, que modificaron la Constitución para permitir la reelección sin límites.

Insisto, no abro juicios de valor en absoluto. Sólo constato realidades.

Uribe dio un paso al costado, como se dice, y dejó que la alternancia se abriera paso para fortalecer el proceso democrático en el país.

Sería saludable para los venezolanos que Chávez hiciera lo suyo, no tengo dudas.

Dos períodos consecutivos contemplan muchas constituciones en nuestro continente. No deja de ser una sabia norma para evitar que los vicios del poder se devoren las virtudes de su ejercicio.

En fin, como ven, no se trata de ideologías, una vez más, sino de la democracia y de su más pleno funcionamiento, que es lo que nos debe tener a todos como militantes y defensores, si entendemos que los intereses del conjunto están por encima de los intereses de grupo o fracción.

De manera que en El Salvador vivimos un período inédito y las profecías alarmistas y malintencionadas de quienes defendían sus privilegios y el poder

no sólo no se cumplieron, sino que el país es ahora un referente democrático en Centroamérica.

La alternancia y el cambio que ésta implica no se tradujo en rompimiento de la institucionalidad y menos del rumbo democrático por el que el país venía caminando desde la firma de los acuerdos de paz.

Por el contrario, ha sido y continua siendo garantía de que las principales conquistas democráticas derivadas de la paz no tienen retorno.

Llegado a este punto, quiero referirme a algunas cuestiones que surgen de la experiencia salvadoreña y de la agenda del gobierno:

Primero, la izquierda salvadoreña no es el demonio como consideran algunos ni tiene una esencia antidemocrática.

El FMLN, partido de izquierda que impulso mi candidatura, ha acompañado el proceso de construcción de la democracia del país en las dos últimas décadas.

Por supuesto que en todo ese tiempo, el FMLN ha debido aprender a vivir en democracia y ha debido contrastar los paradigmas que la impulsaron como fuerza de izquierda con la realidad salvadoreña y regional.

No le queda otro camino si desea fortalecerse como partido que asume la expresión de los intereses de la sociedad a la que dice representar y sobre todo, si aspira a convertirse en una fuerza que puede ser opción de cambio en el país.

Pretender juzgar al FMLN con los paradigmas de la guerra fría como algunos hacen es un error.

Caben consideraciones de otra naturaleza, tal vez, pero no descalificaciones que envilecen la vida política.

En este punto, muchos decían: “Funes al gobierno, el FMLN al poder”, muchos de derecha y también de izquierda.

Otro error de la mirada antipopular del poder.

Quien elige y quien detenta el poder es el pueblo y por lo tanto, un gobernante elegido por el pueblo solo al pueblo puede deberse.

Nuestro ordenamiento jurídico y constitucional establece que el gobernante no se debe a ningún partido, no debe responder, por tanto, a directivas de ningún liderazgo partidario o de grupos económicos.

Siempre digo, metafóricamente, que no quiero un gobierno teñido de colores partidarios sino un gobierno azul y blanco, que es la bandera de El Salvador, porque tengo la más absoluta convicción de que la unión nacional es condición sine qua non para salir de la crisis.

Otro punto a considerar en torno del proceso salvadoreño es precisamente que la existencia de un gobierno de unidad nacional, de un gobierno

equidistante de las antinomias que han dominado y asfixiado al país , es un factor esencial de esta alternancia que vivimos.

El clima de distensión que propiciamos y estamos creando hecha los cimientos de una institucionalidad que se fortalece al tiempo que elimina los privilegios y establece reglas de juego claras y parejas para todos.

Dicho de otro modo: un país dominado por un pequeño grupo –cualquiera sea su orientación política o ideológica- sólo puede consolidar su atraso, su dependencia y crear un clima francamente refractario a las inversiones y al progreso, porque ese grupo termina siempre considerándose dueño del país.

No es preciso que les dé ejemplos de ello, porque saltan a los ojos.

Mi país ha sido uno de los que menor inversión extranjera en la región ha tenido en los últimos años. Y desde que asumimos el gobierno, esa inversión ha comenzado a crecer, tibiamente, desde ya, en virtud de la crisis mundial que todos padecemos.

Esto me lleva a un tercer punto, que es la apertura internacional de El Salvador.

La política exterior de los gobiernos que me precedieron estaba dictada exclusivamente por la ideología. Seguía un anacrónico parámetro de amigos/enemigos. Desconocía las reglas más elementales de funcionamiento del mundo actual.

Hoy en día las relaciones internacionales no se construyen sobre la base de las ideologías sino para estimular el intercambio económico y favorecer el diálogo político y la construcción de alianzas regionales, que son las que nos permitirán enfrentar y salir más rápidamente de las crisis recurrentes...

Este fue uno de los primeros cambios que produjo mi gobierno. Fortalecimos los lazos con los Estados Unidos, sobre la base de los intereses comunes y no por simpatías políticas. Y nos pusimos a tono con el resto de América Latina al restablecer relaciones con Cuba.

Detengámonos por un momento en el primer punto. EEUU es el país donde viven y laboran centenares de miles de compatriotas y con él tenemos fortísimos lazos económicos y culturales.

EEUU es el gran vecino, es la gran potencia mundial y un modelo de democracia insoslayable para todos.

De manera que El Salvador no puede acercarse o alejarse de los EEUU según qué partido o sector gobierne EEUU, sino que los intereses de un país están por encima del signo político de quien gobierne ese país.

Por eso, las relaciones con los países vecinos y el fortalecimiento de la unidad centroamericana es otro puntal de nuestra labor.

Esto también constituye un cambio profundo con relación a los gobiernos precedentes.

Estoy convencido que la integración de las repúblicas de Centroamérica es vital para el futuro.

No es posible pensar que aisladamente, por si mismos, nuestros países podrán enfrentar los grandes retos que esta nueva etapa de la historia mundial nos presenta.

La concepción de Nación que viene de la modernidad ha dejado paso a la integración, como lo muestran numerosas experiencias. Tal es el caso de la Unión Europea, la integración más avanzada, pero también el Mercosur, que constituye una unión aduanera muy sólida.

Sin dudas, el mundo seguirá avanzando de unidades menores a mayores y la idea moderna de la Nación quedará en el pasado. Y sobre todo para aquellos países cuya dimensión, no sólo geográfica, sino como mercado, es demasiado pequeña.

Eso sucede en Centroamérica. Por ello, la unidad, tanto nacional como regional, para nosotros, más que un concepto, que un deseo, es una necesidad histórica.

El Sistema de la Integración Centroamericana (SICA) ha sido relanzado a partir de una cumbre realizada en junio último en El Salvador.

Allí establecimos una agenda común sobre la base de las problemáticas comunes más urgentes: el fortalecimiento de las instituciones de la democracia; la lucha contra la pobreza y la vulnerabilidad socio ambiental que provoca el cambio climático; la lucha contra el crimen organizado y el crecimiento de los lazos económicos entre los países miembros.

En lo relativo al fortalecimiento democrático, nos ilustra muy bien la reciente experiencia hondureña.

El SICA en su conjunto reaccionó de inmediato para condenar el golpe de estado ejecutado por el liderazgo de las Fuerzas Armadas hondureñas y promovido por un sector del empresariado.

Ese golpe puso el problema de la fragilidad de la democracia en Centroamérica en el orden del día y en la mira de la comunidad internacional, que igualmente condenó el golpismo hondureño.

Los gobiernos centroamericanos rechazamos los argumentos de los golpistas y, a la vez, vimos que algunas fuerzas políticas y medios de comunicación no sólo no condenaban el golpismo, sino que lo justificaban presentándolo no como una ruptura del orden democrático sino como una sucesión constitucional que fortalecería la democracia hondureña.

No voy a reiterar aquí los argumentos de los golpistas hondureños, sólo quiero señalar que nada puede motivar la ruptura del orden democrático y la violación de la Constitución.

Los problemas de la democracia se resuelven con más democracia.

Nadie ni nada puede sustituir –ya sea por la vía de la fuerza o de cualquier otra alternativa- la soberanía popular.

La experiencia hondureña ha dañado sin dudas la imagen de Honduras en el exterior y de paso ha afectado a toda la región.

Al violar la Carta Democrática de la OEA y su propia norma constitucional, los golpistas barrieron con la seguridad jurídica y con las reglas de juego que toda República debe guardar y custodiar.

Por esa razón es que convoqué a la reunión extraordinaria del SICA, a que hice alusión antes, porque esa triste experiencia ha unido más a nuestros países.

Mi gobierno fue el primero en la región en condenar el golpe y a la vez ha sido el primero también en abogar por el retorno de Honduras a los organismos multilaterales, en primer término al SICA y la OEA.

El golpe en Honduras puso al descubierto no solo la fragilidad institucional de la región sino también las debilidades inherentes al sistema interamericano y la urgente necesidad de una reforma de la carta democrática de la OEA.

Me sumo a quienes sostienen que las aventuras golpistas no han salido del imaginario de algunos grupos de poder en el continente y que por tanto, no se puede dejar la suerte de un país y de sus instituciones a la discreción de los estados miembros del sistema que interpretan a su libre albedrío y a veces a su propia conveniencia la posición a asumir en casos de rompimiento del orden constitucional.

Soy de la opinión que el sistema demanda una reforma profunda y que lo menos que deberíamos comenzar a discutir es la creación de un sistema de alertas y de penalidades que sancionen cualquier quebrantamiento de la institucionalidad democrática.

La OEA y con ella sus Estados miembros deben intervenir oportunamente a fin de evitar el engendramiento del golpe militar como de cualquier otra situación que se traduzca en ingobernabilidad.

De la misma manera, debería pensarse en un conjunto de penalidades cuya severidad debe estar en función de la gravedad y profundidad del rompimiento provocado.

Hay dos situaciones que acaparan la discusión del caso Hondureño: acaso faltó previsión de parte del sistema interamericano de modo de haber advertido las señales de peligro que de haber sido detectadas institucionalmente, y a tiempo, hubieran provocado una deliberación e intervención de la OEA, que quizás habría evitado el golpe de Estado? En este punto, comparto la opinión de quienes sostienen que es indispensable ampliar las causales de invocación de la Carta Democrática y tomar en cuenta el conjunto de elementos que han perturbado la gobernabilidad democrática en América Latina en estos años.

Y lo segundo que debería discutirse es la cuestión de la severidad de las sanciones impuestas a un Estado por interrumpir “el legítimo ejercicio del poder”

Esta ambigüedad o abstracción de la Carta Democrática en este punto explica que hoy en día, y frente a la situación en Honduras, sobre todo después de las elecciones que llevaron al Presidente Porfirio Lovo al poder, haya quiénes no tengan una posición clara sobre la necesaria y urgente reincorporación del hermano país a los organismos interamericanos como la OEA.

Como se puede observar, de nuevo en este tema, salta a la vista la necesidad de profundizar el proceso de fortalecimiento institucional que demanda la región centroamericana.

Pero en la agenda prioritaria de cualquier gobierno que aspire a fortalecer la democracia se encuentran otros dos temas trascendentales e ineludibles:

La lucha contra la pobreza y las desigualdades, que son las razones básicas del atraso y la falta de oportunidades que han determinado que un tercio de nuestra población, para el caso salvadoreño, viva fuera de nuestras fronteras.

Casi 3 millones de salvadoreñas y salvadoreños han venido a EEUU y Canadá, esencialmente, para buscar el destino que se les niega en su propia tierra.

La reciente matanza de Tamaulipas, en México, donde murieron 72 migrantes, 13 de ellos salvadoreños, nos muestra la gravedad de este fenómeno, combinado con el accionar del narcotráfico y el crimen organizado.

Podríamos decir que el mapa de la pobreza es el mapa de la emigración y el mismo mapa de la violencia extrema.

Nuestra región es, sin dudas, una de las más pobres e injusta del planeta. Y es, sin lugar a dudas, la que registra el mayor índice de violencia y de inseguridad ciudadana.

El fenómeno del crimen organizado no se podrá enfrentar con posibilidades de éxito si no es de manera conjunta en toda la región e incluyendo en la tarea mancomunada a México.

Esto es lo que acabamos de acordar con el Presidente mexicano, Felipe Calderón, a quien visité el viernes último, con el fin de expresarle nuestra solidaridad con su lucha y para coordinar acciones conjuntas en materia de combate al crimen organizado y de construcción de garantías para el respeto de los derechos humanos de los migrantes.

Pero aquí debo hacer una acotación: tampoco vamos a construir un mundo más seguro si no reducimos la inseguridad social y económica.

No basta poner frente a la criminalidad a un Estado Penal, no basta fortalecer nuestras policías, construir más cárceles, aprobar leyes más drásticas o

poner al ejército a realizar tareas de seguridad pública, si no aseguramos un ingreso mínimo a los ciudadanos y el acceso a bienes públicos, como salud y educación.

Eso es lo que debe entender la comunidad internacional y particularmente Estados Unidos cuando insiste en apoyarse en los países de la región para enfrentar al crimen organizado y el terrorismo.

Más que una alianza para enfrentar al narcotráfico y cualquier expresión de crimen organizado, necesitamos construir una alianza para inventar un nuevo Estado Social, más allá del asistencialismo.

Estados Unidos, en tanto aliado de las democracias de la región, debe invertir sus prioridades.

Sin menoscabo, por supuesto, de su énfasis en el combate del narcotráfico y del crimen organizado en general, su apuesta debe centrarse en el apoyo a las políticas de redistribución del ingreso y de generación de empleo.

Visión que también las élites empresariales locales deben compartir apoyando un mayor esfuerzo fiscal que le permita a los Estados nacionales contar con los recursos necesarios para asegurar una renta mínima a sus ciudadanos.

Estos temas: pobreza, violencia y migración constituyen un drama que, en verdad, muestra que todos los intentos que la comunidad internacional viene haciendo desde hace décadas para disminuir la pobreza y la injusticia han fracasado.

La pobreza ha crecido en vastas zonas del planeta y la brecha que separa a los países más ricos de los más pobres, pero sobre todo, a los ricos y pobres en el interior de los países es cada vez mayor.

Como muestra de esta distorsión basta un ejemplo: en El Salvador de acuerdo a un reciente informe del PNUD, el decil de la población con los ingresos más altos se beneficia con el 23 por ciento del gasto social del Estado, mientras el decil con los ingresos más bajos apenas es atendido con el 18 por ciento de este mismo gasto.

Quiero enfatizar que es prioritario que las Naciones Unidas, que toda la comunidad internacional, incorpore a la agenda de temas urgentes este drama.

Se equivocan quienes piensan que el problema del tráfico de drogas afecta tan solo a nuestra región.

Los grandes mercados consumidores no son precisamente nuestros países.

Las mayores inversiones del lavado del dinero narco no se realizan en nuestra región, sino en otros países.

Dicho de otro modo: nadie está fuera de esta buena batalla que libramos mexicanos y centroamericanos contra el crimen organizado y por la paz y seguridad de 150 millones de personas que habitan esta zona del continente.

Por esa causa, reitero, no se puede dejar solo a México, no se puede dejar sola a Centroamérica.

Señoras, señores:

El Salvador vive un momento importante en cuanto al fortalecimiento democrático e institucional.

Estoy convencido que el desafío más importante que enfrentamos como gobierno está relacionado con la construcción de un nuevo modelo de gestión política y económica, de ejercicio público, que garantice la seguridad jurídica, las reglas claras y previsibles, el fortalecimiento de sus instituciones, de modo que la democracia funcione en nuestros países.

Para nuestros países, el dilema a dejado de ser de naturaleza ideológica: ya no se trata de cuál receta es mejor, si la de izquierda o la de derecha.

Lo realmente importante es hacer gobiernos eficientes y eficaces en la solución de los problemas que más nos aquejan como región.

Mi experiencia es inédita en ese sentido: mi gobierno es criticado por la derecha, en la oposición después de 20 años de control ininterrumpido por un mismo partido político, pero también adversado y visto con desconfianza por el liderazgo de la izquierda que me llevó al poder.

Bajo tal esquema de polarización política, el único camino viable para la construcción de la gobernabilidad democrática es una gestión de gobierno basada en la búsqueda de la unidad nacional.

Y esto pasa por la construcción de un nuevo asocio público-privado que haga posible que los grupos empresariales puedan proyectar sus inversiones y actividades.

Mi gobierno está dando los primeros pasos firmes en dirección hacia ese nuevo asocio público-privado.

Y aquí un referente insoslayable ha sido la administración del Presidente Lula en Brasil.

El modelo que el Presidente Lula ha puesto en marcha en su país nos enseña que en el centro de una estrategia exitosa de desarrollo económico está la lucha contra la pobreza.

El paradigma es claro: crecimiento económico no debe verse divorciado ni enfrentado al bienestar social de la población.

Tampoco, este último debe ser visto como resultado de haber alcanzado el primero, es decir, que para que haya bienestar debe haber antes crecimiento.

Se trata de dos componentes de un mismo esfuerzo que deben empujarse simultáneamente.

La experiencia brasileña de los últimos 8 años ha demostrado que solo reduciendo la pobreza, la exclusión y las desigualdades es que un país puede crecer sobre bases firmes.

Con acceso al crédito, con una altísima inversión en políticas sociales, de lucha contra la pobreza y la exclusión, Brasil ha crecido de manera sostenida y ha incorporado más de 30 millones de pobres a niveles de consumo propio de los sectores medios.

Ese ha sido el motor que le ha permitido a Brasil hacer frente a la crisis mundial desatada hace dos años y ser el país menos afectado por la misma.

Por otra parte, América Latina ha encontrado en el liderazgo del Presidente Lula un equilibrio y una moderación que crea el clima político propicio para que sea siempre el diálogo la manera de resolver las diferencias.

No es una apología de la gestión brasileña la que pretendo hacer en esta oportunidad, y mucho menos una adulación.

Constato un referente obligado de mi gobierno que puede ser de utilidad para la región centroamericana.

No cabe dudas que los extremos y los enfrentamientos han enfermado a nuestras sociedades, han provocado la crisis de representación que sufren los partidos políticos y alejan aún más a la sociedad de los liderazgos.

Los Estados corporativos, al servicio de un pequeño grupo económico, han debilitado las instituciones de la democracia y han puesto en el filo de la navaja la gobernabilidad y con ello la seguridad de nuestros pueblos, incluso la misma sobrevivencia de estas elites empresariales.

La necesidad de un nuevo Estado Social que asegure una renta mínima a los ciudadanos, el acceso a un ingreso y a bienes públicos, como la salud, la educación y la vivienda, se hace impostergable.

Este es el mensaje que deben entender quiénes pretendan hacer de la región centroamericana una aliada en el combate del narco tráfico y el crimen organizado en general.

Y por supuesto, sin liderazgos fuertes pero sobre todo, arraigados en la población, no podremos construir las sociedades libres, democráticas y desarrolladas a las que aspiramos.

Quiero agradecerles la atención prestada.

Quiero expresar también mi gratitud a los organizadores de este encuentro que me ha permitido compartir con ustedes una reflexión sobre las oportunidades y los desafíos de la región que es a la vez una mirada crítica sobre mi gestión gubernamental.

Muchas gracias.

